

Consideraciones acerca de los orígenes y desarrollo del proceso político de la Segunda República

Rodrigo Baño

Naturalmente, agradezco, pero también maldigo, la oportunidad de tener que exponer frente a ustedes, porque eso me da el gusto de ser escuchado y el disgusto de tener que trabajar. Lo cierto es que yo pensé que, cuando me tocara hablar, ya muchos se me habrían adelantado con aquel viejo truco, sobre todo de los científicos sociales, que consiste en que, en vez de contestar las preguntas, se pregunta sobre la pregunta. Es como reeditar bastardamente el método socrático y nunca responder a nada. Y la verdad es que tengo que recurrir un poco a este truco, porque me llama la atención este uso y abuso de la idea de proyecto. Y me llama la atención en un sentido que yo creo que es interesante para nosotros que nos dedicamos a las ciencias sociales, porque pareciera que estamos crecientemente entrando en la ingenuidad de creer que las sociedades tienen proyectos, o los grupos tienen proyectos, o la humanidad los tiene, como si se tratara de personas. Aunque tampoco pretendo aquí dar por aceptada esa otra ingenuidad de creer que las personas son individuos autónomos elaborando proyectos y que su vida es la realización de su proyecto de vida. Hay una especie de racionalización total y absoluta, como si uno desde el momento que lanza el primer grito al ser parido tuviera ya más o menos claro sus objetivos y empezara a establecer cuáles son los mejores medios de llegar a conseguir aquello que supuestamente de alguna parte sacó. Luego desde aquí se supone que la humanidad, las clases y grupos sociales también elaboran sus proyectos.

Creo que todo esto que tiene que ver mucho con el individualismo metodológico racionalista, al cual cada vez nos acostumbramos más, o sea esta cosa de tomarse el asunto de la orientación por el sentido weberiana en una significación realmente bastante burda, siguiendo con todas las simplificaciones de la selección racional; con eso nos vamos enredando más que otra cosa. Me recuerda esto el momento en que los gringos descubrieron que no había nada más práctico, si queríamos saber lo que pensaba la gente, que ir a preguntárselo, y de ahí se largaron a hacer encuestas hasta sobre sexo y conciencia de clase; una cosa bien fácil, cuestión de preguntar no más qué piensa usted y el tipo te lo dice. Y de ahí llegamos al momento actual, no tan distinto, aunque ahora estamos todos tirados al análisis del discurso, andamos buscando los

discursos por todos lados para analizarlos, como si ahí estuviera realmente el sentido del desarrollo de la historia. Entonces, como introducción, aprovechaba esta cosa del proyecto, para hacer este alcance.

La verdad es que me interesa más poner énfasis en las condiciones sociales que hacen posible el desarrollo de determinados procesos a través de actores sociales, más que pensar cuál es el proyecto, (no sé quienes pudieron alguna vez haber hecho un proyecto: se juntaron en alguna sala, cuántos fueron, cómo se pusieron de acuerdo; no sé como lo hicieron, no conozco eso del proyecto). Es posible sí imaginar un proyecto, construir teóricamente tal concepto para ver si sirve para ordenar la información y ver si queda bonito o si parece interesante como marco interpretativo, pero no insistir en reificaciones que aumentan la confusión. Lo que sí conozco, son condiciones sociales que hacen posible procesos, y esos procesos políticos se dan o no se dan de acuerdo a la fuerza de los actores sociales que los impulsan. Tan antiguo como eso. Y es en ese sentido, que yo le puse el título a lo que iba a exponer, en términos de denominarlo: “Consideraciones acerca de los orígenes y desarrollo del proceso político de la Segunda República”, y no “Consideraciones acerca de la evaluación de un proyecto”. Bueno, el título que escogí puede parecer muy genérico, pero preferí dejarlo así, aunque sea para evitar esta personalización del proceso social que evoca la palabra proyecto.

El proceso político que cuaja en los noventa, creo que no solamente se debe considerar desde el punto de vista del aspecto político institucional, bastante manoseado, porque generalmente se hace referencia a que los enclaves autoritarios, que la constitución, que los senadores designados, que el sistema binominal, en fin. Es la parte más institucional, genéricamente planteada en términos de que si hay democracia o no hay democracia, que si es democracia con participación militar o no, que si es restringida, consolidada, imperfecta, con enclaves, a medias, o de otra manera. Ese no es ahora mi tema sino que más bien deseo recuperar la idea de que es un sistema de dominación. Comúnmente se olvida que esta cosa es un sistema de dominación, que, por supuesto, se plasma institucionalmente, pero es un sistema de dominación, que es lo que lo hace posible política y socialmente, a la vez que define la alternativa negada desde la que se puede evaluar ese proceso. O sea, ubicarse históricamente.

Aprovecho la oportunidad de que no hay historiadores, porque generalmente los historiadores se molestan mucho cuando uno empieza a hablar de historia. Los sociólogos se molestan cuando alguien que no es sociólogo habla de sociedad, los psicólogos de alguien que habla de personalidad y no es psicólogo, y así sucesivamente. Entonces, aprovechemos para hablar de historia, ya que no tenemos un historiador. Me acuerdo que Salazar una vez empezó justamente su exposición diciendo con ironía: “los sociólogos haciendo historia”, y amenazó con hacer sociología.

Ahora, cómo se produce, y qué es lo que está negando este proceso político. Para eso me voy a fijar en un momento. No voy a recurrir al inicio, al descubrimiento de América, ni cosas por el estilo, ni tampoco a la crisis de la dominación oligárquica. Si no que a un momento más próximo bastante preciso, que es el momento de la crisis del régimen autoritario, del régimen del general Pinochet; dictadura, para los más audaces. ¿Cuándo hace crisis? Hace crisis fundamentalmente en el período de los años

1983-1986. Ahí se juega y se resuelve un conflicto. Mas, vamos a ver, no es sólo un conflicto, sino varios conflictos.

La crisis económica, todos lo recuerdan, empieza el año 82 y el año 83 se hace gravísima: cesantía de casi un tercio de la población, caída brutal del producto, etc., etc. Tenemos también el recuerdo de que generalmente los movimientos sociales no se producen por ideales muy desarrollados, si no que generalmente se producen cuando aprieta donde duele, que es la cosa de la economía: eso define lo que se come. Y ahí en el año 83 se inician las movilizaciones sociales. Fecha clave, el 11 de mayo de 1983, empieza la primera protesta nacional. Antes hubo otras movilizaciones durante el régimen militar, pero donde se plantean con fuerza masiva es a partir de esas protestas sociales. Y esas protestas y esas movilizaciones se hacen en una sociedad que ya está bastante cambiada después de 10 años de régimen militar. Una sociedad donde, para recordar lo que señalaba Evelyn, ese sector popular “heterodoxo”, de cesantes, informales, marginales, subempleados, excluidos, la verdad es que está extendiéndose hasta abarcar a casi toda la población popular. Recuérdese que en ese tiempo tenemos prácticamente a un tercio de la población económicamente activa, valga la redundancia contradictoria, como inactiva, además de una serie de gente que está en trabajos informales, muchos también sufriendo el fuerte deterioro en su situación laboral producto de las políticas represivas y de desprotección laboral, con una redistribución regresiva del ingreso que incrementa la pobreza como nunca antes y etc.

Ahora, a partir de esa situación (no vamos a hablar de los cambios que han ocurrido en otros sectores sociales), a partir de esa condición social, se inicia la dinámica de las protestas nacionales, como digo, desde el 11 de mayo de 1983 hasta el año 1986. Este último fue declarado año decisivo, para su mal recuerdo, por los sectores más de la punta en la oposición política. Dijeron: “1986, año decisivo”. Claro, fue decisivo, pero al revés. Acertaron cuando ellos dijeron que iba a ser el año decisivo, porque efectivamente lo fue, pero la decisión no fue para lo que esperaban, sino todo lo contrario.

Ahora, cuál es el carácter de la crisis de mediados de los años ochenta. Hay un conflicto en torno al régimen político, eso es cierto, hay un conflicto entre gobierno militar y la oposición política, en torno del régimen político, vale decir, autoritarismo - democracia. Hay otros conflictos, entre estos el conflicto que se plantea al interior de los grupos dominantes frente a los costos de la crisis económica: hay pugna por las distintas alternativas sobre quien paga los costos, o quién va a perder menos; también hay otros temas, como para dónde se va a orientar el modelo económico, en beneficio de quienes, quienes van a ser hegemónicos, etc. Pero lo interesante, y que se suele olvidar, es que también está presente otro conflicto global, importantísimo, que es en torno al modelo económico. En este caso ya no se trata solamente de la discusión al interior de los sectores dominantes, sino que es un conflicto que abarca a toda la sociedad y que está relacionado con el carácter del modelo de dominación, está relacionado con los perjuicios de los excluidos y los beneficios de los incluidos. Dicho esto muy gruesamente para evitar entrar en polémica sobre mayores precisiones de carácter teórico.

El comienzo de la movilización social, da muy buena cuenta de esto. No es una

movilización social en que exclusivamente se esté tratando de transformar el régimen político desde uno autoritario a una democracia. El grueso de la movilización social de carácter popular es por los problemas económicos que está generando el modelo. Ese es el grueso de la movilización popular. Esto ocurre fundamentalmente a nivel de sectores sociales, masivamente, mientras los partidos aparecen en retaguardia, como bien se ha señalado reiteradamente.

El desarrollo del proceso durante esos tres años es sumamente interesante, porque eso va a ir definiendo en qué va a terminar el asunto. Hay una estrategia de aperturas y cerraduras por parte del gobierno, acompañado por las fuerzas armadas, y por la santa madre iglesia católica, que son los tres actores que concurren, cada uno a su manera, a enfrentar el problema. La idea de esos actores es cómo lograr controlar esta movilización popular insertada en la ofensiva política contra el régimen militar, y la estrategia desarrollada, tanto por el gobierno y fuerzas armadas, por Estados Unidos —que interviene en forma bastante directa en este momento—, como por la iglesia, está en separar, aislar los sectores populares y domesticar las demandas de la oposición política. Para ello era fundamental aislar aquello que era la fuerza social de la movilización desde sus inicios, esto es, las movilizaciones poblacionales populares, donde tenía su expresión este sector popular heterodoxo.

Los mecanismos utilizados son bastantes claros: diferenciar entre el sector para la represión y el sector de la negociación, y al sector de la negociación se le acepta en tanto y en cuanto no tenga vinculaciones con aquél sector que está destinado a la represión. Y esto lo va a hacer sistemáticamente el gobierno. Estados Unidos va a intervenir también en esta misma línea, al punto que va a imponer desde allá el fin del estado de sitio, porque le parecía que eso estaba aumentando justamente la actividad dentro de los sectores populares, incluso de carácter insurreccional, ante el cierre de toda alternativa de diálogo que permitiera descomprimir el conflicto. Lo va a hacer también la iglesia a través de sus autoridades.

Y hay también una estrategia de las fuerzas políticas que empiezan a emerger. Éstas van a constituirse, por una parte, organizándose con un liderazgo de centro moderado, capitaneado naturalmente por la Democracia Cristiana, que se encaminarán hacia una salida institucional, vale decir, a poner el énfasis en resolver exclusivamente el conflicto respecto al régimen político. Por otra parte, se afirmará un liderazgo de izquierda que se inscribe en una táctica insurreccional armada, cuyo núcleo fundamental va a ser el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, creado por el Partido Comunista a partir de su declaración de todas las formas de lucha del año 1980, y de otros sectores, digamos el MIR, el MAPU Lautaro, Poder Popular, y otros sectores que entran también en esta misma lógica. Pero esta línea de izquierda se inclinará a una táctica insurreccional armada que perderá contacto con el frente de masas y que se demostrará ineficaz en su desarrollo militar, perdiendo, además, capacidad de conducción en los sectores populares.

Hay en esto una situación que es bastante interesante y a la cual muchas veces se hace referencia, aunque a mi entender de una manera nostálgica y de poco análisis. Me refiero al tema de los movimientos sociales. Muchas veces se señala que a comienzos de los ochenta hay un fuerte desarrollo de los movimientos sociales, los cuales,

gracias a que los partidos casi no tienen capacidad de acción, se desarrollan con gran fuerza y autonomía, siendo visto esto como una maravilla cuyo desarrollo se frustró porque volvieron a aparecer los partidos políticos. Pero las cosas no son tan simples.

Es verdad que los movimientos sociales se van a desarrollar bastante, sobre todo a comienzo de los años ochenta: a nivel poblacional, a nivel estudiantil, a nivel de organizaciones sindicales, se irán desarrollando. Y este desarrollo corresponde generalmente a un proceso que viene desde mucho antes y que algunos plantean en términos de estrategia planteada con caminar de dos patas: una es la reconstrucción del tejido social, que ha sido roto por el régimen militar, por la represión, y la otra, educación popular; o sea, organizar a los sectores populares, y darles conciencia en términos de lucha.

No hay duda que en esta estrategia se logra un avance. El problema es que se les olvida el Estado. Es decir, logran desarrollarse ciertas bases de constitución de movimientos sociales, y ellos están presentes en las posibilidades de la protesta social, pero cuando viene el problema a plantearse como crisis, el problema va a ser fundamentalmente un problema de Estado, y para eso, solamente los partidos políticos tienen alguna posibilidad de hacer algo. Por lo tanto, la organización social y la movilización social quedan a un nivel desarticulado, sin posibilidades de propuesta ni acción coordinadas. La realización misma de las protestas muchas veces se muestran bastante desvinculadas, suele producirse un desconocimiento incluso de lo que ocurre en diversas partes, confusiones manejadas por la propia represión para asustar a algunas poblaciones con la probabilidad de que otra venga a atacarla, protestas en que en una población no saben que en otra población se está peleando; una descoordinación, un desconocimiento bastante generalizado, porque las vinculaciones son rústicas, son débiles; las organizaciones de pobladores pasan a ser sólo “referentes”, pero no dirigen nada. Aun en las ocasiones en que se masifica la protesta, esta carece de perspectivas. Como lo hemos visto reiteradamente en el último tiempo, los movimientos sociales por muy fuertes que sean sólo tienen capacidad para derribar autoridades, no para hacerse cargo del Estado. El grito “que se vayan todos” es tan bonito como inútil.

Bueno, entre esas estrategias políticas opositoras y las estrategias de parte del gobierno, de las fuerzas armadas, de Estados Unidos y de la Iglesia, se va a llegar al año decisivo: el año 86. Y el año decisivo, el año 86, como bien lo señalaba anteriormente, va a ser decisivo pero al revés de quienes plantearon que era decisivo, vale decir, es el año de la derrota de esa alternativa insurreccional armada, derrota que se manifiesta en cosas bastante nítidas, como el descubrimiento de los arsenales, el fracaso del atentado, la concentración pública de apoyo a Pinochet, el aislamiento social de esos núcleos que pretendían hacer un movimiento insurreccional, y la eficacia de la represión de un Estado que es de verdad, porque el Estado chileno es un Estado de verdad. Es un Estado fuerte, armado, y es fuerte ideológicamente. Es un Estado en serio, no es una cosa que se pueda enfrentar fácilmente juntando un par de fierros, y por lo tanto, se produce el fracaso.

Pero en este proceso también está la pérdida de la capacidad de organización y dirección de una izquierda popular, vale decir, está el fracaso del otro sector político que podría haber dado una orientación y una dirección a esto. Hay un fraccionamiento

to, hay falta de liderazgo, hay falta de ideas, y esto dentro de un medio social donde las cosas son bastante más difíciles por esta misma transformación que hemos estado hablando de los sectores populares. La cosa está muchísimo más difícil. Y entonces fracasa la posibilidad de dar una alternativa de organización política y social a los sectores populares, que les permitiera eventualmente ser un actor de la transición. Siempre es difícil saber lo que pudiera haber pasado, pero es más difícil pensar que con la crisis del régimen militar la revolución estuviera a la vuelta de la esquina. No obstante, sí se puede aventurar que cierto desarrollo del proceso pudo llevar a que los sectores populares tuvieran esa presencia en la transición y en lo que de ahí saliera. Tal como se dieron las cosas actualmente no hay un sector popular que sea un actor, y eso es fundamental para el modelo que se impone.

Se dice que es una transición pactada, no creo que haya habido ningún pacto, tampoco creo que se hayan juntado los dirigentes en ninguna parte a firmar nada; no van a encontrar esos documentos. Es una transición que es una consecuencia de las correlaciones de fuerza de un momento determinado. Así no hay para que firmar nada, el proceso se entiende por las condiciones sociales en las cuales se está dando, no por otra cosa. Ahora eso ¿qué es lo que permite?: permite justamente que se consolide la alternativa democrática sin reforma socioeconómica. Porque no hay un sector, no hay un actor popular, no hay una dirección política, ni una organización social de lo popular. Y lo que había de carácter insurreccional ha quedado aislado, desvinculado y liquidado. Las condiciones, por lo tanto, en que se va a dar la transición, señalan las características que va a tener ésta, y son condiciones sociales y políticas bastante claras.

El cambio en las movilizaciones sociales de aquel período queda bastante graficado si se piensa que la primera protesta nacional fue llamada por una organización sindical, por la “Confederación de trabajadores del cobre”, y fue realizada, fundamentalmente, por el sector poblacional. Los trabajadores en general no pararon nunca, los que hicieron el esfuerzo fueron los sectores poblacionales. Esa protesta, que es llamada por la organización sindical y que es movilizada fundamentalmente por el sector poblacional, (junto con un apoyo bastante extendido en los sectores medios, que estaban bastante mal también), ya el año 85-86, va a ser encabezada por la “Asamblea de la civilidad”, dirigida por los Colegios Profesionales y encabezada por el señor Vacarezza. Esta protesta habrá cambiado bastante y va a ser una protesta en las casas, pacífica, luego será una concentración en un espacio permitido. Cambia el carácter de la movilización, cambia quién llama, quién convoca. Por eso es que quiero remarcar el desarrollo del proceso en esos tres años, porque ahí se decide el carácter de éste y las condiciones que se generarán para esta Segunda República. Después, el 87, 88, estarán todas las discusiones sobre si inscribirse o no se inscribirse en los registros electorales, si presionar por aquí, presionar por allá, exigir elecciones libres o participar en el plebiscito, qué pasa con Estados Unidos, cómo manejar la transición y los problemas institucionales y el papel de las fuerzas armadas y otros problemas por el estilo.

El proyecto, si hablamos de proyecto, porque yo diría el proceso, que se va a desarrollar en la Segunda República, va a estar liderado por las organizaciones político-partidarias de centro y derecha fundamentalmente, y socialmente por capas me-

días y burguesías. Los sectores populares, les insisto, quedan fuera del negocio. Ahora, el carácter político institucional es bastante claro: completar la transición del régimen, asegurar la gobernabilidad, ingeniería institucional, modernización burocrática, judicialización de los conflictos, administración eficiente de la economía, lo cual implica aceptación del modelo de mercado abierto, aceptación de modernizaciones, y todas estas cosas que la oposición criticaba tanto.

A pesar de todas las desventajas de la vejez, hay algunas ventajas, como es, por ejemplo, recordar cómo muchos líderes de la oposición a Pinochet decían que esta cosa de la privatización de la previsión era absurda, que esto no iba a pasar, que apenas llegara la democracia se borraba esto, que la privatización de la educación era una barbaridad, que la educación pública tendría que ser la educación pública, que cómo se les ocurría una reforma laboral así, etc. Todo eso se daba por sentado que iba a terminar en cuanto cayera el régimen. Bueno, a medida que se fue desarrollando el proceso, que se eliminó el conflicto sobre el carácter del modelo socioeconómico, y que los sectores populares perdieron toda presencia y representación, naturalmente todo eso pasó al olvido.

Dentro de este restaurado régimen democrático, tiende a ser fundamental evitar la conflictividad social. Vale decir, si bien el sector popular no ha sido un actor, y no se constituye como actor de la transición, hay que evitar que esto pudiera llegar a plantearse alguna vez. Por lo tanto, la preocupación por la pobreza, focalizar el gasto social, evitar los momentos más críticos, subsidio estatal a la salud, la educación, etc., para mantener a los sectores subsistiendo, y sin llegar a los extremos que los pudieran hacer accionarse. Y así asegurar una especie de pacto social implícito (porque tampoco hay ningún pacto real), de no presionar por más demandas de igualdad, ya que esto se traduce en la amenaza de la vuelta de los militares (hay que cuidar la democracia, compañero). Por lo tanto, eso lleva a una búsqueda de tranquilidad, que implica mantener la desarticulación de los sectores populares, punto final a las ideologías de clase y festival de las diferencias. Naturalmente no se pretenderá organizar socialmente a los excluidos, salvo de manera integrativa en torno a problemas puntuales. A la vez, se logra el control político partidario dentro del gobierno, puesto que prácticamente, todos aquellos actores políticos que alguna vez pudieron movilizar demandas populares quedan dentro del gobierno, por lo tanto, obviamente, no hay movilización posible. Además se produce el aislamiento de alternativas políticas movilizadoras (el caso del Partido Comunista, y de otros grupos que quedan aislados en el nuevo escenario).

Ahora, si volvemos a la pregunta inicial en este encuentro, planteada como “evaluación del proyecto”, y tratamos de responder como evaluación de este proceso desencadenado, parece que tal evaluación es clara: éxito en asegurar gobernabilidad, hay dificultad en reformas institucionales, pero mejoran las relaciones con las fuerzas armadas, aumenta el control legal y judicial, mejora la burocracia, en fin, se logra asegurar la gobernabilidad. Además, éxito en la administración del modelo económico. No sé si les gusta o no el modelo, pero como modelo económico se hace funcionar y se hace funcionar bien, hasta mejor de lo que funcionaba antes. Y éxito en evitar la conflictividad social, desaparece la representación popular del conflicto.

Si uno lo evalúa desde la alternativa negada, vale decir, desde la posibilidad de que los sectores populares hubieran tenido incidencia en la transición, pudieran haber definido las condiciones de la transición, uno podría decir que inicialmente los sectores populares tuvieron cierta fe en que esta vuelta a la democracia, esta concertación de partidos, iba a traerles algo, en términos de solución de los conflictos socioeconómicos. Y eso indica un apoyo bastante fuerte de los sectores populares a los opositores al general Pinochet. En efecto, las cifras electorales señalan que en el Plebiscito las comunas populares masivamente apoyan a la concertación, mientras que, al revés, en las poblaciones ricas, dos tercios apoyan a la alternativa continuista del General Pinochet. La identificación es bastante clara. Que hay sectores pinochetistas populares, los hay, y creo que está muy bien explicado por Evelyn en esta reunión porque pasa eso, sin embargo son minoritarios entre los populares.

A partir de ese inicial entusiasmo, poco a poco empieza la desilusión, que se traduce en un progresivo declinar de la participación política. En 1988 partimos con un 12% de gente que no participaba y llegamos a un 40% en el '97 y a un 42% en esta reciente elección municipal 2004. Ese sector, el único encantamiento posterior que va a recibir va a ser el del populismo: populismo de Fra Fra, cierto populismo por recuerdos "carismáticos" de Frei, y populismo de Lavín. Ahí, con un líder de carácter populista, hay una cierta activación, disminuye un poco la no participación.

Hay un cuadro de debilidad del movimiento social popular, desmovilización de organizaciones del movimiento social, marginación partidaria, falta de representación en partidos políticos, triunfo de la difusión de la ideología de carácter individualista —que está bastante asentada—, a lo cual coopera un asistencialismo oficial hacia la pobreza. Ciertamente hay problemas pendientes dentro de este control de alternativas al modelo vigente, entre ellos está la débil legitimidad democrática, pues justamente no resuelve uno de los conflictos que se plantearon cuando se pretendió la transformación del régimen, y eso está detrás de la persistencia todavía —a pesar de la fuerza de la ideología individualista— de un cierto estatismo popular, que aún sigue pensando que en realidad, mal que mal, el Estado es algo que de alguna manera los protege más que los particulares. Esto genera cierta impredecibilidad respecto de los sectores populares si acaso aparece una crisis económica de importancia. Pero impredecibilidad significa muchas cosas, es lo que no se sabe... Con la crisis asiática que nos tocó recientemente el populismo de Lavín estuvo a un dedo de llegar arriba, pero no se sabe que es lo que puede pasar en caso de otra crisis económica aún mas grave. Puede ser populismo, desorden social, alternativa autoritaria... no se sabe qué.

Para cerrar, una frase. Alain Touraine, un tipo bastante conocedor de Chile, que estudió mucho la situación chilena. En uno de los libros que edita casi inmediatamente después del Golpe, va a señalar en el encabezamiento que lo terrible es que no sólo han matado, han torturado, han perseguido, sino que lo terrible es que "han matado el alma de un pueblo". La verdad es que es duro. Si uno observa por los documentos y películas, o los viejos que recuerdan, en realidad había un alma del pueblo, había un alma popular. Ahora, que la hayan matado... no sé. Pero si no la

mataron, la dejaron a bastante mal traer. Esa es la verdad de las cosas. En el momento de protestas del año 83, 84, como que hay un inicio de resurrección, pero esto después es liquidado por las razones que más o menos trataba de describir. El problema es que, en esta Segunda República, si no está muerta el alma popular, por lo menos está dormida. Ahora, las posibilidades de que pueda o no pueda despertar, son posibilidades de acción política, y no me corresponde a mi señalarlas.